Carta de Argentina
Crisis y cultura

Luis Gregorich

En medio de la interminable crisis argentina, una de las coartadas que usamos para huir de la depresión, consiste en postular que la vida cultural es aún, entre nosotros, un oasis de variedad y excelencia. El argumento es lícito y en parte verdadero, pero debe ser matizado porque no tiene el mismo sustento en todos los campos de la creación simbólica y la vida intelectual.

Es cierto, por ejemplo, que hay un renacimiento muy interesante del cine argentino, al que sólo podría reprochársele un exagerado *revival* neorrealista (naturalmente desprendido, sin embargo, de las condiciones económicas y sociales vigentes) y una escasez de buenos guiones, viejo y nunca del todo saldado débito.

También el género escénico sigue brillando entre escombros y desesperanzas: tanto los pocos pero buenos teatros oficiales que siguen en pie como las mejores agrupaciones independientes continúan promoviendo, en su interacción, un tácito debate entre tradición y vanguardia que ha sido característico de este ámbito. Podría observarse, eso sí, una lenta e inevitable disminución de la presencia de las novedades importantes de la producción teatral mundial, antes de rápida llegada, por lo menos a Buenos Aires.

La actividad musical es igualmente intensa, en el marco de austeridad que impone la hora y con la lógica mengua de artistas extranjeros. El Teatro Colón ha enfrentado con dignidad su temporada, apelando a una mayoría de cantantes locales, y las entidades organizadoras de conciertos (Mozarteum, Wagneriana, etc.), aun con restricciones, mantienen sus ciclos. Tenemos todavía un vasto abanico de exposiciones de artes visuales, centros culturales barriales abiertos y en pleno funcionamiento, e industrias del sector (editorial, discográfica) que lentamente se van recuperando y cuyos costos reducidos hasta despiertan ilusiones de un eventual futuro exportador. La Feria del Libro de Buenos Aires, habitual convocadora de multitudes, ha tenido en 2002 un éxito inesperado, mejorando incluso marcas anteriores.

¿Ocurre lo mismo con el quehacer literario y el debate intelectual? Aquí es donde el análisis debe afinarse y prescindir de fáciles optimismos. No se trata ya de escudarnos en la crisis actual, sino de examinar una situación que lleva años y que parece cada vez más consolidada. Dígase de una vez: en el mundo de la literatura, venimos asistiendo a la construcción de un canon autosatisfecho y ligeramente opresivo, que deja pocos resquicios para la innovación o la transgresión (salvo las que ya ha absorbido y bendecido); por otra parte, el debate de ideas carece de todo dramatismo, se realiza en círculos cerrados y no construye puentes con el resto de la sociedad, y además los intelectuales se autolegalizan y jamás cuestionan su propia responsabilidad ante la crisis y el papel del aparato de poder que, pese a todo, han edificado y usufructúan.

Los síntomas de la reproducción canónica se descubren fácilmente en las listas de libros de autores argentinos publicados (especialmente en narrativa y ensayo, porque la poesía ha preservado una lógica diferente) y, en un nivel más superficial pero no menos significativo, en el repertorio y estilo de notas y comentarios críticos de los suplementos literarios y culturales de los grandes medios de prensa. En ambos casos, el sistema de prestigios y exclusiones determina, quizá con mayor rigor que en el pasado, que (con palabras de un memorable texto de Mariano José de Larra) «lo que no se puede decir no se debe decir».

Se sabe, por anticipado, cuáles son las categorías de los libros capaces de agotar una edición. (Por menos no hay empresa aditora que se arriesgue.) En respuesta a una genuina interrogación acerca de los orígenes, las novelas históricas y biografías noveladas han tenido una notable floración, ingresando sin piedad en la intimidad de «grandes» hombres y mujeres del pasado (San Martín, Belgrano, Sarmiento, Rosas, Roca, Mariquita Sánchez de Thompson, Lola Mora o Eva Perón). Es natural que el género tenga cultores preocupados por la calidad de la escritura y la seriedad documental, tanto como artesanos más improvisados, cuyo apuro sólo permite una atropellada fecuentación de las fuentes.

Junto a la recuperación (o dilapidación) de la historia, se han multiplicado libros sobre el presente argentino, para afrontar con lucidez o conjurar prudentemente las amenazas que nos conciernen. Ensayos, crónicas, memoriales, que oscilan de la teoría al testimonio, se proponen responder a nuestras curiosidades o dudas, para mejorar nuestro estado de ánimo o mitigar la angustia. Han tenido difusión relativamente amplia las obras de autoayuda cuasi filosófica, que en nombre de un moralismo redencionista y de una crítica de las costumbres (de los otros), convirtieron a sus autores en fiscales sociales y en promotores de un ética tan irrefutable como indemostrable.

Este, sin embargo, no es el canon, sino apenas su cruce con las exigencias del mercado y las predicciones del consumo, que existen desde el comienzo de la industria editorial. El canon es otra cosa: cuadro de honor, código de preferencias de un público especializado, escala jerárquica de valores que constituye (o aparenta ser) la Verdad de la Época. En ese sentido podría decirse que el canon literario en la Argentina postborgeana tiene, para empezar, una diferencia inicial con los cristalizados en el pasado: no surge de un debate entre medio social, escritores, lectores y crítica, sino que baja directamente de una situación estatal: la carrera de Letras de la Universidad, más específicamente de la Universidad de Buenos Aires.

El carácter pedagógico del canon se hallará en los artículos sobre libros de los suplementos literarios, escritos en su gran mayoría por egresados de Letras, convertidos en periodistas culturales por obra de la necesidad y las circunstancias. Debe reconocerse que esta nueva generación de críticos tiene mejor formación (e información) que las anteriores, pero esto no evita cierta correcta uniformidad, cierto aplanamiento corporativo que los asemeja a todos, cualquiera sea el suplemento en que escriban. Se ha adoptado el criterio de escribir sobre libros con comprensión y camaradería (sólo erosionadas por pequeñas batallas internas); así, no vale la pena gastar demasiado espacio en negaciones o valoraciones críticas, aunque pudieren resultar iluminadoras. Esta orientación suele coincidir, casualmente o no, con el pensamiento de gerentes y asesores de las editoriales. Todos, o casi todos los que escriben y asesoran, han tenido en la Facultad de Letras a los mismos profesores, que no han podido menos que transmitir a sus discípulos respetables conocimientos y experiencia pero también, inevitablemente, prejuicios y escalas personales. Sólo se habla de los «buenos» libros; ninguna obra frustrada (sobre todo, si su autor pertenece al canon) merece un juicio, o simplemente no se frustró.

De esta forma, con comentarios intercambiables y cuyos destinatarios no son tanto los lectores medios como los escritores y profesores, nadie podrá encontrar un asomo de debate intelectual, de controversia de opiniones, atmósfera en la cual mejora la calidad de la vida social y los propios ceadores simbólicos retemplan su actividad. Es cierto que este apacible desarme de la escritura, esta declinación del debate ideológico, caracteriza a todas las sociedades occidentales. Y en la Argentina probablemente la separación, la compartimentación entre sociedad e *intelligentsia*, típica de finales del siglo XX, haya sido aún más aguda debido a la fracasada experiencia de los intelectuales por paticipar –y pesar– en la vida política y social del país después de 1983, una vez caída la dictadura militar. El progresismo intelectual argentino, tras chocar con la estolidez de los políticos, se

atrincheró en la Universidad y, desde allí, directa o indirectamente, en el aparato cultural no estatal, que controló casi sin competidores a la vista. Pero los puentes quedaron rotos y faltó capacidad para reconstruirlos.

En medio de la crisis que nos azota y que no parece tener un final cercano, sólo habría que pedir a nuestros escritores e intelectuales –que forman una de las más consistentes reservas de la comunidad– una actitud menos correcta, menos replegada, menos autosuficiente, que permita reestablecer vínculos sociales quebrados, aun a costa de la sensatez y la buena educación. La crítica nos alcanza a todos; todos deberíamos ejercerla.

Antoni Gaudí: Detalle de la Puerta del Nacimiento. La Sagrada Familia. Barcelona